

Manuel

Cuando en 1999 retomé la escritura en la prensa me prometí dedicarme en exclusiva a los temas de mi especialidad, la arquitectura y la ciudad. Hoy es imposible mantener ese compromiso: el fallecimiento de Manuel Caballero es un acontecimiento de tanta magnitud que obliga a callar cualquier otro tema para reflexionar acerca de lo que el país ha perdido.

Por supuesto, el golpe ha sido devastador para quienes, además de conocer su trabajo, tuvimos la excepcional fortuna de contar con su amistad; pero hay incontables venezolanos que probablemente ni siquiera lo oyeron mencionar y que sin embargo tendrán con él una deuda de enorme magnitud que no se agotará con el tiempo: difícilmente se encontrará a otro venezolano tan empeñado en descifrar nuestra historia, en identificar las claves de las derivas y tormentas que nos han traído a estas playas y que, al lado del rigor del historiador profesional, haya sido capaz de salir de la campana de cristal para defender sus ideas a pecho descubierto, no sólo en la tribuna de la prensa cotidiana sino incluso en esa batalla política que en alguna ocasión le costó también ir a dar con sus huesos a la cárcel.

Quienes lo conocimos sabemos que, en los turbulentos años que nos tocó vivir, asumió los mayores desafíos intelectuales no sólo esgrimiendo la pluma más afilada en defensa de sus ideas, sino también rectificando cuando había que hacerlo, al tiempo que, en paralelo y sin alardes, le plantó cara a innumerables riesgos físicos con lucidez y coraje.

Todas las generaciones han soñado en la infancia y juventud con míticos caballeros, desde Lanzarote del Lago hasta Luke Skywalker. Con un aspecto más cercano al del Falstaff shakesperiano, Manuel perteneció sin duda a esa estirpe a la que de algún modo lo condenaba su apellido pero con una variante de extraordinaria significación: en sus torneos lo que se exhibía eran ideas milimétricamente talladas y en sus batallas lo que perseguía era la victoria de la modernidad y de la democracia. En estos años oscuros será imposible no echar en falta la ausencia de su pensamiento denso y penetrante, construido con paciencia de cartujo, y de su capacidad para poner en jaque, siempre con afilada ironía, los mitos más establecidos. El compromiso de quienes quedamos es el de jamás arriar las banderas por las que combatió.